

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
En provincias.	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
Ultramar y extranjero.		un año 10 ps. fs.
		seis meses 6 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La esclavitud, por D. Leandro A. Herrero.—*Cantares*, por poesía,
D. José Puig Perez.—Galería de artistas célebres: *Mozart*, por
D. Julian Castellanos.—*La Hoya de Buñol ó Venganza de un
sábido* (se continuará), por D. Rafael Ferrer y Bigné.—Biblio-
grafía: *En serio y en broma*, por D. Felipe Perez Anaya.—Es-
plicacion del figurin—Variedades.

Pliego diez y seis del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de
Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

Pliego quince de *Leyendas Granadinas*, por doña Rogelia Leon.

LA ESCLAVITUD.

A continuacion de estas líneas verán nuestros
amables y constantes lectores los espresivos mensa-
jes que dirigen á las señoras de Madrid las que cons-
tituyen las sociedades abolicionistas ó amigas de los
negros de las ciudades más importantes de la Gran-
Bretaña.

En muy breves palabras nos proponemos dar

á conocer el laudable pensamiento y el levantado
espíritu de los cuatro documentos que vamos á re-
producir con íntima satisfaccion, alentados del no-
ble deseo de impulsar á nuestros favorecedores á la
realizacion de una idea grande, fecunda y generosa.

¿Necesitamos condenar y reprobar la esclavitud
de la raza humana? No: en pleno siglo XIX, cuando
el pensamiento ha avanzado tanto á través del in-
menso túnel de la verdad; cuando la doctrina del
Crucificado, síntesis perfecta de la moral divina, ha
encendido el fanal brillante de la civilizacion, resú-
men armonioso de la moral humana, la esclavitud
del hombre por el hombre no puede tener partida-
rios, y si existen, posible es que participen de la in-
fame naturaleza del crimen, gérmen productor de
las familias de los monstruos.

No hay mirada bastante poderosa que pueda pe-
netrar sin estremecerse en ese infierno dantesco
donde se retuerce el esclavo mordiendo sus cadenas,
rodeado de tinieblas y amarguras, apurando hasta
las heces el cáliz de todas las agonías, sin pan, sin
fuego, sin vestido, marcado el rostro y las espaldas
con los ramales del látigo, sin hogar, sin familia, sin

sociedad, tratado como una bestia, y condenado al martirio de ver cómo se perpetúa su herencia de maldición en los hijos de sus hijos..... No hay un solo corazón bien nacido que pueda detenerse á examinar en su sombría desnudez el horrible interés de ese espectáculo, sin sentirse dislacerado por el terror y por el dolor; ni aquellos que respiren el aura vivificante de la libertad podrán concebir exactamente en su fantasía la estension del lúgubre tormento de una criatura racional sometida á los rigores de la esclavitud; embrutecida, degradada, envilecida á los pies del hombre, y condenada á revolcarse en el fango con la espantosa desesperacion del demonio, arrojado del cielo para siempre por el Angel de la flamígera espada.

La cuestion de la esclavitud no preocupa ya afortunadamente ni á la ciencia política, ni á la filosofía, ni á la religion. Es una cuestion perfectamente definida. Casi todas las naciones han elevado á sus esclavos del Nuevo-Mundo, único país donde la esclavitud se ha perpetuado á la categoria de los libertos; la filosofía ha despertado en todas las conciencias el horror á esa institucion; y la Iglesia Católica la ha condenado por boca de sus Pontífices, fieles guardadores en la tierra de la doctrina de Jesucristo, y verdaderos intérpretes de su espíritu divino y de su bondad inefable.

Mantener la esclavitud es equivalente á mantener el reinado del mal: donde hay esclavos existe la tiranía entronizada en todas las regiones; los vínculos sociales se trasforman en groseras dependencias; no florece ni fructifica la doctrina del Evangelio; mueren todas las virtudes sociales, y la sed de oro, la ambicion desenfrenada, el materialismo sórdido y abyecto se reparten los despojos de la tierra, á espensas de los vicios y de los crímenes más repugnantes.

Los cuatro documentos que transcribimos á continuación forman una elocuente y sentidísima protesta contra la esclavitud de la raza africana, desgraciadamente mantenida en el Brasil y en Cuba, merced á los infames oficios de la trata, ó sea de la compra y venta de los negros, comercio inicuo y repugnante que se acarrea el horror y la indignacion de los pueblos cultos.

El objeto de esos cuatro mensajes espresivos, suscritos por las señoras abolicionistas de la Gran-Bretaña, se reduce á escitar los sentimientos humanitarios de las señoras españolas, para que inter-

pongan toda su influencia con sus padres, con sus hermanos y con sus esposos, á fin de impulsarles á cooperar por todos los medios pacíficos y legales al triunfo de la abolicion de la esclavitud, obra consumada ya por las principales potencias, y satisfactoriamente resuelta no hace mucho tiempo en la América del Sur.

¿Necesitamos encomiar el pensamiento sublime y grandioso del mensaje de las señoras inglesas? No: las mujeres españolas, cuya inagotable caridad es un manantial fecundo de luz y de hermosura, cuyos sentimientos humanitarios no han sido nunca desmentidos, cuyos sentimientos católicos forman su mejor blason, no han menester nuestros humildes consejos para abrazar ardientemente la causa de la humanidad desgraciada, para consagrarse á ella con todas sus fuerzas, con todo su corazón y con toda su alma, aspirando á la recompensa de ser bendecidos por todos los seres que devoran sus lágrimas en la sombría noche del dolor y de las desesperaciones horribles de la esclavitud.

LEANDRO A. HERRERO.

ESPRESIVO Y RESPETUOSO MENSAJE

DIRIGIDO Á LAS SEÑORAS DE MADRID, POR LAS QUE
CONSTITUYEN LA SOCIEDAD DE AMIGOS DE LOS NEGROS
EN BIRMINGHAM.

En calidad de extranjeras, y pertenecientes á otro país, ningún asunto de interés general podía inducirnos á que nos tomáramos la libertad de dirigirnos á vosotras: pero el interés que nos inspira la suerte de muchos de nuestros semejantes reducidos á la esclavitud en las colonias de España, nos mueve á suplicaros os intereseis en su favor. Entre todos los males que afligen á la humanidad, y entre todos los daños causados al hombre por el hombre, ninguno existe que se oponga tanto á los benignos preceptos de la caridad como la trata de esclavos y la esclavitud. La total abolicion de estas instituciones, toleradas todavía por algunas naciones europeas, es el objeto á que han aspirado constantemente las personas que constituyen esta sociedad, y si nos dirigimos á las señoras de Madrid para que se interesen por la realizacion de nuestros fines, es porque nos consta que la esclavitud y la trata han sido condenadas por las principales autoridades de la Iglesia católica ro-

mana en los tiempos pasados y presentes. Fundóse esta sociedad en 1825, para propagar la idea de abolir la esclavitud en las posesiones inglesas de las Indias Occidentales, y desde el Acta de Emancipacion de 1838 consagraronse sus individuos á la tarea más importante y necesaria, de rehabilitar á la poblacion redimida, sacándola de la infima condicion moral y espiritual en que yacia por consecuencia de la esclavitud. Por más que fuera larga y difícil esta obra, su continuacion ha suministrado la evidencia más convincente de que los beneficios de la libertad escuden sobremanera á las decantadas ventajas de la esclavitud; pero al paso que se regocijaban los individuos de esta sociedad por el éxito satisfactorio de la nueva situacion en las mencionadas posesiones de la India Occidental, era imposible que dejasen de ver con harto dolor de su corazon la continuacion de la esclavitud en las Islas de Cuba y Puerto-Rico.

En 1849 asistieron las señoras de esta sociedad á una reunion pública donde se conmovieron y afectaron de nuevo al escuchar las tristes narraciones de la esclavitud, tal como existian en Cuba y en el Brasil, y de las infamias y crueldades de la trata, que es el medio empleado para fomentar aquella institucion en dichos países, conociendo entonces, como ahora, que si no hubiera un continuo pedido de esclavos, no tendria razon de ser la trata, cuyos horrores asustan cuando se les contempla fijamente. Desde 1849 hasta hoy, han aprovechado cuantas coyunturas se presentaban para llamar hácia este punto la atencion de los hombres más influyentes de este país, y han saludado con júbilo cuantas probabilidades han llegado á su noticia de que males tan notorios impresionaran los ánimos en España y Cuba. Por eso anunciaron con la satisfaccion más íntima, en su última reunion anual, la constitucion de una Sociedad Abolicionista en Madrid, tanto más, cuanto que uno de los vicepresidentes de esta Sociedad ha publicado recientemente un folleto, en el que aboga por la abolicion inmediata. *Abolicion inmediata y no gradual*: tal era el título de un folleto publicado por una señora inglesa llamada Isabel Heyrick, en el mismo sentido en que nuestra sociedad se espresa. Las numerosas sociedades anti-esclavistas de la Gran-Bretaña é Irlanda, contribuyeron sobremanera á la circulacion de este escrito y á la difusion de datos importantísimos sobre el asunto en cuestion. No faltó quien reprobese esta conducta, alegando que la mujer no debe entrome-

terse en materias gubernativas, ni en lo que atañe al dominio de las leyes; pero es imposible negar que corresponde á la mujer el cultivo y la conservacion de las afecciones puras y apacibles en el hogar doméstico, el consuelo de las penas y el alivio de los infortunios, y, por lo tanto, las mujeres deben contribuir á la abolicion de la esclavitud por cuantos medios tengan en su mano. ¿Hay alguna institucion en la tierra que viole, como la esclavitud, las cosas más sagradas, las afecciones implantadas por Dios en nuestra naturaleza, las relaciones que dispuso, y los pesares y alegrías que nos legara? ¿Permaneceremos sordas á las quejas de los ancianos, al llanto de los niños y á la afliccion de las madres? Tal era el cuadro que presentaban las Indias Occidentales y el Continente Norte-Americano.

Sin embargo, la alegría más sincera predominó por completo en nuestros corazones cuando supimos que habia quedado abolida la esclavitud en los Estados-Unidos. Al dar gracias al Padre Universal por este triunfo de la libertad, deseamos unir nuestras preces á las vuestras para que semejante beneficio se haga estensivo á todas partes. Cada día son mayores las esperanzas de que la abolicion de la esclavitud en el Brasil sea un hecho consumado. ¡Ojalá diese la España tan noble ejemplo! Nosotras, por nuestra parte, nos dirigimos sincera y respetuosamente á las señoras de Madrid para que influyan sin cesar en el ánimo de sus esposos, hijos, padres y hermanos, á fin de que coadyuven á tan gloriosa empresa. Entonces, prévia la bendicion de Dios, llegará un día, tal vez no muy lejano, en que los niños nacidos en los dominios de la Reina de España vengán al mundo como súbditos libres de un monarca, cuya gloria y ventura mayor consista en no dejar á la esclavitud asilo alguno ni existencia posible, donde quiera que ondee el glorioso pabellon de Castilla.

Nos declaramos vuestras respetuosas servidoras con el más espresivo y cristiano afecto.

Sarah R. Buckton.—Mary Middlemore.—Duodécime Cowley.—Hannah Nazaret Joseph.—Catharine Keep.—Martha Mitchell.—Caroline Nwdhill.—Susanna H. Harcourf.—Mary Groom.—Eleanor Sturge.—Sarah Southall.—Ann Mary Goodrich.—Elizabeth Scotd.—Anna Mary Scotd.—Ann Cadbury.—Eliza Ellis.—Maria Cadbury.—Susan Harme Barrow.—Elza M. Sturge.—Sarah E. Pease.—Rezia Yates.—Jane Hurdman.—Caroline Sargent.—Mary Kent.—

Martha Gansby.—Emmeline Sredennick.—Ellen G. Dymond.—María Baker.—Caroline Lloryd.—Priscilla Ellis.—Sophia Sturge.—Sarah Alfred Fox.—H. Joseph Sturge.—Elizabeth Brady.—Mary P. Booth.—Margaret Manton.—Jane Pye.—Anne Jane Baker.—Emma Nhatmare.—Elizabeth F. Saunton.—Harriett Athins.—Elsie Bartletd.—Ellent Sturge.—Eliza María Sonthall.—Samasin Christie.—M. A. Phipson.—Henrietta Morgan.—Rebecca Hutchinson.—Lydia Edmund Sturge.—Elizabeth S. Phidson.—Emma J. Gibbins.—Hannah Nutter.—Amelia Scott.—Hannah Bott Smit.—Gandia Cadbury.—Lizzie Botton.—Sarah Middlemore.—Rachel A. Albrighth.—Mary Lonisa May Gorddard.—Elizabeth R. Cadbury.—Anne Coltman.—Mary Anne Avery.—Elizabeth Sonthall.—Rachel Anna Albright.—Anna María Harris.—E. S. Hungen.—Augusta E. Rotton.—Ester M. Partridge.—Mary Keep.—Rachel Wayward.—Emma Wright.—Sarap W. Sturge.—M. A. Jenkin Brown.—Sarah Coleman.—Fanny D. Goddard.—Catharine Adlington.—Hannah Burgess.—Sarah Avery.—Elizabeth, K. Weele.—Jane Eliza Lloyd.

MANIFESTACION

DE LAS

SEÑORAS ABOLICIONISTAS DE NEWCASTLE SOBRE EL TYNE

A LAS SEÑORAS DE MADRID.

Aunque no tenemos el gusto de conoceros personalmente, deseamos manifestaros con cuánta simpatía acogemos los sentimientos que, según es fama, prevalecen en Madrid en favor de la emancipación de los negros; noble aspiración que tan estrecha armonía guarda con los adelantamientos de nuestra época, y con los sagrados principios de la humanidad y la religión.

Nuestro contento es todavía mayor al saber que el gobierno de vuestra patria, no solamente ha manifestado hallarse resuelto á poner término al inhumano tráfico de esclavos que, con desprecio de las leyes, continúa todavía entre las costas de África y las colonias españolas, sino que, de acuerdo en esto con la ilustrada opinión pública de ese país, proyecta la completa abolición de la esclavitud en los dominios de España.

Os felicitamos, señoras de Madrid, por el dichoso porvenir que comienza á brillar para vuestra nación.

Presentimos el día, que ahora creemos no muy lejano, en que el suelo español será en todas las regiones de la tierra sagrado para la libertad humana, y el momento venturoso en que todo esclavo será redimido por la libertad.

Mucho nos regocija el saber que las señoras españolas se encaminan hacia este glorioso fin, y al mismo tiempo que les dirigimos nuestro cordial y cariñoso saludo, les hacemos presentes que, como compañeras y colaboradoras, nuestros votos, nuestros deseos, serán siempre, que obtengais un afortunado éxito en vuestra empresa.

Algunas de nosotras tenemos edad bastante para recordar los días en que la Gran-Bretaña tenía también esclavos en las Antillas; época en que nuestros padres nos estimulaban á tomar parte en aquellos generosos esfuerzos que hace treinta años se vieron coronados con la bendición de Dios. Desde entonces hemos seguido con entusiasta interés los progresos de esta noble causa en Francia, Dinamarca y Holanda, y con júbilo indecible vemos ahora que no se tolerará más tiempo la esclavitud en los dominios de estas potencias. Pero el hecho más reciente en la historia de la esclavitud es el más importante de todos; hecho que parecería imposible si no se hubiera confirmado de una manera tan evidente. Á no ser así, difícilmente podría creerse que cuatro millones de esclavos han recobrado ya su libertad en los Estados-Unidos. Ante este triunfo, ¿qué otra cosa pudiéramos hacer sino dar gracias á Dios y sentirnos animadas de nuevo y poderoso aliento?

Una vez más os desean un pronto y completo éxito en la digna empresa de abogar en favor de vuestros esclavizados y desvalidos súbditos, las que con la mayor consideración tienen la honra de firmarse compañeras y colaboradoras vuestras.

Sarah Richardson.—Ann Uliver.—A. M. Richardson.—Mary J. Dixon.—Violet Macdongall.—Agnes Ellis.—Amy Wilson.—Margaret Lase.—Ann Dinah Holmes.—María Ichilten.—Mary Hobson.—Esther Drewry.—Mary Prector.—Mary Clesham.—Emma R. Pumphrey.—Elizabeth Oliver.—Hester S. Rutler.—Sarah W. Wilson.—Mary. J. Watson.—Sarah Foster.—Margaret Morton.—Alice Watson.—Augusta A. Richardson.—Ann R. Foster.—S. R. Mather.—Ann Drewry.—Helen Paxton.—Mary Driver.—Sarah A. Richardson.—Mary J. Oliver.—Marianne Richardson.—Esther M. Clapham.—A. M. Rutler.—Fane Richardson.—Esther E. Lase.—Catharine Richardson.

—María Hogo.—Elizabeth S. Rutter.—Charlotte Hob-johns.—Mary Watson.—Fessie Proctor.—Louise Shields.—Eleanor Woodyer.—A. M. Woodyer.—E. Allan.—Sarah Alexander.—Fane Hunter.—S. María Honsemam.—Harriette Robins.—Helen Page.—Margoret Milburn Pringle.—Lucy Whelton.—Elizabeth Hyle.—Sarah M. Hay.—Mary Pane Proctor.—Isabel Pumphrey.—S. E. Surner.—Margaret Lownds.—Fane S. Pringle.—Anna H. Richardson.—Poanna Hogg.—Elizabeth Holmes.—Francés Walker.—Sarah Robinson.—Sarah Holmes.—Fane Mather.—Sarah Drewry.—Lucy Wilson.—Mary Charleswer.—Annie Moore.

ESPRESIVO MENSAJE

DIRIGIDO Á LAS SEÑORAS ESPAÑOLAS QUE CONSTITUYEN LA SOCIEDAD DE EMANCIPACION DE EDIMBURGO.

Queridas hermanas: Permitidnos hablaros de un asunto que, segun creemos, es para vosotras tan interesante como para nosotras mismas.

Hace treinta y cinco años que estamos asociadas para contribuir á la abolicion de la esclavitud en todas partes, por hallarnos persuadidas de que el hombre comete un pecado contra Dios Todopoderoso, cuando esclaviza á su hermano y le considera como objeto de su propiedad.

Grande fué nuestro regocijo al presenciar la abolicion de la esclavitud en las posesionas inglesas de la India Occidental y en las colonias holandesas, llegando á su colmo el júbilo de nuestros corazones cuando vimos proclamada la emancipacion de cuatro millones de esclavos en los Estados-Unidos de América.

Mas en medio de tantas muestras de progreso, hemos tenido el disgusto de ver á un puñado de españoles que deshonran á su noble nacion, alentando el delito de esclavitud en las colonias pertenecientes á España, sobre todo en las que constituyen actualmente el principal mercado para proteger y perpetuar la malvada, cruel é infame trata de esclavos africanos.

Sin embargo, ahora sabemos con indecible satisfaccion y agradecimiento, que España vuelve en sí y procura borrar la mancha que afea su escudo nacional; y sobre todo que las *españolas* se muestran sensibles al grito de los oprimidos. Esta causa escita mayores simpatías en el corazon de la mujer, por-

que los padecimientos de una esclava tienen un sello particular de horror, y apenas necesitamos encarecer las angustias y martirios de la infeliz que se halla en semejante estado. Unicamente nos tomaremos la libertad de suplicaros que por ningun concepto dejéis de levantar vuestra voz para pedir el remedio de tanta desventura, y que no perdoneis medio alguno de los que tengais en vuestra mano para defender esta causa, que es la de la humanidad y de la justicia. Si perseverais en esta conducta, recogeréis el fruto en ocasion oportuna y os animará la sonrisa y aprobacion de un Dios de bondad que bendecirá vuestros esfuerzos, alcanzando la satisfaccion de haber contribuido á remediar tanto infortunio en el reino de vuestra querida soberana, y á estirpar la iniquidad más irritante que deshonra á la tierra del Señor.

Deseamos que la bendicion divina os acompañe y proteja incesantemente en vuestros trabajos.—Somos hermanas vuestras.

En nombre de la sociedad, Isabel P. Nichols, Presidenta.—Inés Lilhé, Elisa Nigham, Secretarias.—2 de Noviembre de 1865.

MENSAJE DIRIGIDO

Á LAS SEÑORAS DE MADRID, POR LAS QUE CONSTITUYEN LA SOCIEDAD PARA EL AUXILIO DE LOS NEGROS EN LÓNDRES. (THE LONDON NEGRO AID SOCIETY.)

Las señoras que constituyen la Sociedad para el Auxilio de los negros en Lóndres, han oido con el más vivo interés la relacion de los pasos generosos que han dado y están dando las señoras de Madrid para contribuir á la abolicion de la esclavitud en las colonias españolas, y desean manifestarles su ardiente y cordial simpatía por la buena obra que han emprendido, abrigando la esperanza de que el éxito más feliz sea el fruto de sus afanes.

La esclavitud está abolida en América: llegó el día glorioso de la libertad; pero falta mucho todavía para que el triunfo de esa misma libertad sea completo y definitivo. El negro no es ya un esclavo; pero necesita adquirir muchos derechos de ciudadanía para igualarse con el blanco: es preciso que no haya distinciones de color ni de raza, y todo anti-esclavista debe trabajar incesantemente hasta alcanzar tan importante resultado. La causa de la libertad

no está limitada á un solo pueblo, sino que es universal, y por consiguiente, la obra terminada hoy en los Estados-Unidos, contribuirá sin duda al progreso del mundo; y á la emancipación de los negros en América, debe seguir muy pronto la abolición de la esclavitud en las colonias españolas.

Las señoras que constituyen la Sociedad para el Auxilio de los negros en Londres concluyen reiterando sus vivas esperanzas de que no tardará en verse iniciada por el éxito más feliz la obra tan dignamente comenzada por las señoras de Madrid, á quienes hacen presente la expresión de sus más profundas simpatías por el objeto á que consagran sus esfuerzos generosos.

En nombre de la Sociedad, Mentia Saylor Stonnari, Secretaria.

CANTARES.

Cuando me pongo á pensar
En lo corta que es la vida,
Á la vez me sobrecogen
El temor y la alegría.

Cuando reinando el silencio,
La noche á pensar convida,
Pregúntale á tu conciencia
Si es cierto que Dios existe.

El buque que en lontananza
Se ve cruzando la mar,
Lleva á bordo mi esperanza,
Más no viene, que se va.

Tienes tanta devoción
Á tal número de santos,
Que á cada día una cruz
Has puesto en tu calendario.

Por la Virgen del Pilar
No me atormentes, mujer,
Dame un activo veneno,
No el lento de tu desdén.

Una mano te estreché
En un baile, prenda mía:
La seda cuando la toco
Me parece menos fina.

Son nuestras ilusiones
Humo que lleva
El viento hasta que nada
Del humo queda;
Y son el viento
Las penas que al espíritu
Le dan tormento.
Como esa nubecilla
De oro y de perlas
Mis ilusiones fueron
Antes risueñas;
¡Ay! zumbó el viento
Del desengaño, y hélas
Nubarrón negro.

JOSÉ PUIG PEREZ.

GALERÍA DE ARTISTAS CÉLEBRES.

V.

MOZART.

Así como del revuelto piélago de las generalidades se alzan, se elevan esa brillante pléyada de ingénios que lucen cual estrellas fijas en el cielo de la historia, llenando con los destellos divinos de sus almas de luz y de colores el mundo, así de entre esa multitud de célebres artistas se destacan también esos seres privilegiados, esos gigantes del génio en quien parece que Dios depositó algo de su fuerza creadora, para que ya con el cincel, los pinceles ó la pluma, roben al sol su lumbré, á las flores sus preciosas tintas, á las aves sus trinos más armoniosos, su murmullo á las aguas y su morbidez y trasparencia á las carnes, mereciendo por estas razones se les tenga con justicia por los *principes del arte*.

Amadeo Mozart es indudablemente uno de esos grandes hombres que descuellan entre los más reputados compositores, como descuella el gigante cedro del Líbano sobre los modestos arbustos.

Su génio, á semejanza del de Miguel Ángel, dejóse ver desde su edad más tierna, causando admiración y asombro á cuantas personas tuvieron la dicha de escuchar al *Pequeño prodigio*.

Este célebre artista nació en Saltzbouurg (Alemania) en el año de 1756, y dedicado desde su edad más tierna á la música, sus progresos fueron tan rápidos que á los cuatro años de estudio tocaba con tal perfección su clavicordio, que su padre, músico tam-

bien, vió superadas sus esperanzas, admirado del raro talento del niño.

Dos años despues, las piezas más difíciles eran ejecutadas por el pequeño artista con tal precision, con tanta seguridad, que los amigos de su familia aconsejaron á sus padres le mandasen á Viena.

Hiciéronlo así en efecto, y el prodigioso niño adquirió una fama tal en los círculos filarmónicos de aquella ciudad, que el emperador Francisco I, deseoso de conocerle, le hizo llevar á su palacio.

Amadeo, cumpliendo la orden del soberano, acude á la régia mansion, y en presencia de la corte toda, ejecuta, con un aplomo y una maestría sin igual, multitud de piezas, mereciendo por esto, que el monarca entusiasmado, le estrechase en sus brazos, ofreciéndole su proteccion.

Corriendo el tiempo, Mozart llegó á la capital de Francia, ansioso de ver las bellezas que la corte de Carlo-Magno atesora, y sabida su llegada por Luis XV, á quien habian encarecido su raro mérito, fué invitado á tocar en la capilla de Versailles.

Un triunfo tan ruidoso, tan completo como el obtenido en Viena alcanzó allí el artista, llenando de asombro al monarca y á los cortesanos, de tal manera, que las más bellas damas de la nobleza disputáronse el *Pequeño prodigio*, sobrenombre que recibió á causa de su temprana edad, compitiendo en llenarle de regalos y distinciones.

Durante algun tiempo, el jóven artista fué el hombre de moda, el personaje más importante de aquella lucida y fastuosa corte, mereciendo que el rey hiciese sacar su retrato y que le ofreciese su proteccion y ayuda, lo mismo que antes lo hiciera el emperador de Austria.

Un año despues, Lóndres recibió en sus muros á nuestro jóven, invitado á pasar á la antigua corte de los Estuardos por su rey Gregorio III, amante decidido de la música.

Su estancia allí, fué un continuo y prolongado triunfo, siendo retenido largo tiempo en la ciudad del Támesis, que abandonó al fin para ir á visitar los Países-Bajos, de donde tornó á su pueblo natal, á entregarse con la misma fé, con el mismo ardor que antes á sus estudios.

Volviendo de nuevo á Viena en 1768, ya no se contentó con ejecutar las piezas de los más célebres maestros, sino que compuso la música de una ópera para el emperador José II.

Doce años contaba cuando terminó este trabajo,

despues del cual partió para visitar á Italia, ese país privilegiado, cuna encantada del arte, acercándose á conocer al célebre compositor Martini, establecido en Boloña.

Este renombrado artista se sorprende al encontrar un jóven de tan raro, de tan estrordinario talento, y ante los profundos conocimientos de Amadeo le anuncia un porvenir lleno de glorias y de triunfos.

Mozart pretende entonces ser admitido como sócio en la Academia filarmónica de la poblacion, y habiéndosele dado por tema una fuga á cuatro voces, la compone en media hora, entusiasmado á la sociedad que le recibe en su seno por aclamacion.

Florenia acoge tambien en su recinto al célebre artista, que invitado por el gran Duque á pasar á su palacio, acude y consigue un triunfo igual al que alcanzara su talento en los alcázares de los demás reyes.

La Semana Santa llama á Mozart á la Ciudad Eterna, y acompañado del embajador austriaco, asiste á los oficios celebrados por el Sumo Pontífice en la capilla Sixtina.

El *Miserere* de Allegri, canto sublime, que los Padres Santos no habian permitido á nadie copiar, obra escrita á propósito, para ejecutarse solo en aquel sagrado recinto, llena á nuestro jóven de entusiasmo y de admiracion, haciéndole caer en un éxtasis profundo.

Cada una de las notas de aquella obra divina, profunda como el talento del artista que la concibiera, se graba de tal modo en su mente, se fija tan indeleblemente en su alma, que, terminados los oficios y vuelto á la embajada, Mozart la escribe toda entera.

A los pocos dias, el *Miserere* de Allegri se ejecutaba por el artista en los salones de su protector, con una perfeccion tan grande, que cuantas personas le escucharon, aplauden entusiasmados aquel poderoso rasgo de su génio.

Sabedor Clemente XIV de este acontecimiento, quiso conocer al jóven aleman, el cual, presentándose en el Vaticano, fué recibido con las mayores consideraciones por el Sumo Pontífice, quien al despedirse le echó su bendicion, prometiéndole una gloria más grande que la que supo adquirirse el mismo Allegri.

De Roma trasladóse Mozart á Nápoles, y allí su génio y su talento llamaron tanto la atencion, produjeron tal entusiasmo, que no faltó quien atribuyese á magia y sortilegio los prodigiosos conocimientos

que nuestro jóven músico debía á su talento y á su asiduo y constante trabajo.

Tornando por fin á Alemania, fijó su residencia en Viena, en donde compuso multitud de óperas, entre las que descuellan principalmente, *D. Juan*, *Las bodas de Figaro* y *Mithridates*.

Además de estas obras, no pudiendo olvidar el artista el efecto que en su alma hiciera el *Miserere* de Allegri, escribió algunas composiciones religiosas de mucho gusto y de escetivo mérito; pero en lo que se escedió á sí mismo fué en su obra póstuma, en su tan justamente celebrada *Misa de Requiem*.

Treinta y cinco años contaba apenas Mozart, cuando su salud, delicada en extremo por el escetivo estudio, se resintió de tal manera, que obligó al célebre compositor á caer en el lecho.

La enfermedad levanta en su alma tan tristes pensamientos, que le impulsan á empezar á componer una misa de difuntos, sin que los ruegos de sus amigos, que procuran apartarle de aquel trabajo, trayendo á su memoria los recuerdos de sus óperas, de sus walses, de sus romances y de todo aquel mundo de fantasías que creara su fecundo talento, pudiesen conseguir que desistiera de su obra, en la cual trabajaba con una asiduidad, que iba agravando más y más el mal que le consumía.

A pesar de esto, la composicion llegó á su fin, y el ilustre compositor, sintiendo ya sobre su frente el soplo helado de la muerte, toma su instrumento, y los fúnebres acordes que sus melancólicos pensamientos le habian inspirado, brotan de sus cuerdas, heridas casi por las manos de un cadáver.

El espíritu más fuerte, el corazon más enérgico se conmoviera al escuchar aquellas notas, que encerraban en sí esas santas oraciones, ese postrer rados! de los vivos á los que espiran, implorando para ellos la misericordia divina.

—Mis dias son cumplidos, exclamó, abandonando su instrumento aquel génio tan grande como tempranamente perdido; yo muero en el momento que debía recoger el fruto de mis tareas, despues de haber conseguido á fuerza de asiduidad y de estudio dominar el difícil arte á que me he dedicado.

Tomad, amigos míos, esa es mi última obra, que será cantada por la primera vez sobre mi tumba.

Una hora más tarde, el soplo helado de la muerte apagaba la llama del génio que ardía en la mente de aquel hombre privilegiado.

El célebre artista era solo un cadáver.

Esta muerte, ocurrida en 5 de Diciembre de 1791, arrancaba al arte uno de sus más aventajados maestros, privando á la Alemania de uno de sus más esclarecidos hijos.

JULIAN CASTELLANOS.

LA HOYA DE BUÑOL,

ó

VENGANZA DE UN SABIO.

(Continuacion.)

APUNTES DE HISTORIA.

I.

Corría el año de gracia de 1609, en que regia los destinos de nuestra España el Sr. Rey D. Felipe III, de funesta memoria.

Los últimos vástagos degenerados de la altiva raza árabe, los pobres moriscos, blanco de la tiranía de los señores, de la envidia de los vasallos, y del fanatismo de todos, despues de haber sido reducidos á la miseria á fuerza de zofras y tributos, forzados á renegar de su Dios y de la religion de sus mayores, y señalados con el estigma del desprecio y de la infamia, estaban próximos á ser lanzados de su país natal, á ser despojados de sus pobres hogares, y separados de sus tiernos hijos, como inmundos seres desheredados de los derechos que hasta á los brutos concede la naturaleza.

La parca comida que les servía apenas de sustento, los miserables vestidos con que cubrían sus macilentas carnes, no impidieron que la codicia de sus convecinos les supusiera avaros poseedores de ocultos caudales, que, con las apariencias de pobreza, querian sustraer á las exigencias de sus señores.

Hasta el venerable patriarca y virey de Valencia D. Juan de Rivera, en un memorial que dirigió á S. M., participó de esta general disposicion, diciendo: «En el reino de Valencia, con ser de suyo muy corto, y estar los moriscos cargados de zofras, y pagando á los señores el tercio de lo que cogen, con todo hay muchos ricos.»

Esta razon era sin duda la más poderosa para que, con pretesto de los intereses religiosos, se tratase de espulsarles definitivamente del reino; y mientras los teólogos disputaban de buena fé sobre si podia ó no esperarse la enmienda de los agarenos, y el arzobispo D. Juan de Rivera clamaba por que se

separase á Isaac de Israel, la Inquisicion martirizaba á aquellos infelices; los alguaciles y corchetes los llevaban á viva fuerza á la iglesia; los hacian tomar agua bendita, estar presentes para oír la misa, y, quebrantando el santuario de la conciencia, hasta les multaban por no guardar el ayuno, ó por no observar el día de Domingo; despues de lo cual, todavía los cristianos viejos untaban con tocino la frente de aquellos desgraciados, como alarde de mofa y vilipendio.

Envilecidos ya con tanto ultraje, eran acusados todavía los miserables moriscos de sacrilegos, apóstatas, proditores del reino, asesinos, pertinaces, incorregibles, y de asiento en el pecado, sin que bastasen para su defensa las razones alegadas por rectas conciencias y levantados espíritus que por ellos abogaban.

Venció por fin la calumnia, y el partido anti-morisco obtuvo su triunfo con el bando de espulsion, publicado en 22 de Setiembre del mismo año por el virey de Valencia, marqués de Caracena, en cumplimiento de lo resuelto por S. M.

II.

Existía á la sazón en el condado de Buñol un anciano morisco, versado en las ciencias de Averroes y Avicena, docto en las letras, y renombrado por su sabiduría y prudencia. Estas cualidades, raras entre los desgraciados séres de su raza, le habian granjeado el respeto y veneracion de sus hermanos, y el aprecio y consideracion de los cristianos viejos de la comarca. Así es que, no solo sus Alamines, sino tambien el Bayle y justicias de aquellos lugares, solian consultarle los asuntos difíciles, y no era raro que hasta el mismo conde y sus capitanes le pidiesen sus sábios consejos.

Tan luego, pues, como en el país se recibió la anticipada noticia de la espulsion de los moriscos, despertóse el adormecido valor de esta raza degradada, y mientras los más jóvenes afilaban sus aceras armas para la defensa, los más prudentes acudian en tropel á la casa del *Sábio* (pues así le designaban) como único consejero en su desgracia suprema.

En su pobre aposento estaba el anciano, arrodillado ante una enorme caja de plomo, con dobles cerraduras. Una lámpara de pálida y oscilante luz, que sostenia con su mano izquierda, alumbraba el fondo del arca que registraba con su derecha, refle-

jándose en la blanca y larga barba, que se destacaba sobre su descarnada faz, de cetrino color. Al oír el rumor de la gente que llegaba, cerró precipitadamente el arca, dejó como al descuido sobre su cubierta unas pocas monedas de cobre, y aguardó en actitud tranquila y digna.

—¿Sabes nuestra desgracia? le preguntaron los recién venidos, en cuyos rostros se retrataba en varias formas la desesperacion y el abatimiento.

—La sé; dijo el anciano con fría calma; la esperaba hace tiempo.

—Pero, ¿qué debemos hacer? preguntó aquella turba. Nuestros hijos, decian, se disponen para el combate; nuestras mujeres preparan la hoguera en que han de consumir todo lo que no puedan llevar consigo; las madres esconden á sus pequeñuelos; los niños gritan y se estremecen con mortal pasmo al ver el general trastorno..... nosotros, en tanto, no sabemos qué decirles. Dinos, tú, ¡oh sábio! ¿qué es lo que hacer debemos?

—Lo que yo. Preparaos para el viaje.

—Menos desdichado tú, que tienes, sin duda, un caudal que poder salvar, segun lo que vemos: pero nosotros..... ya sabes nuestra miseria. A pesar de lo que de nosotros dicen, apenas contamos con un débil techo y algun trozo de tierra, que regamos con el sudor de nuestra frente..... Los señores nos apremian, y apenas nos dejan el pedazo de pan que se reparten nuestras hambrientas familias. Nos creen, sin embargo, poseedores de tesoros.....

—Como el mio; ¿no es verdad? preguntó el anciano con amarga sonrisa.

Los demás enmudecieron sin atreverse á afirmar lo mismo que hacian creer las apariencias.

—Pues bien, añadió el anciano; yo os mostraré mi tesoro; ¡que Dios sabe cuánto es inestimable! Sin embargo, le reservo únicamente para nuestros enemigos. Haced vosotros lo mismo. No espereis salvar nada de vuestros escasos bienes; pobres son vuestras alhajas; sé cuán exhaustos estais de dinero; sin embargo, reunid unas y otros para hacer de ellos lo que yo os indique. Entretanto, dejad á los cristianos en la creencia de vuestras riquezas; permaneced encerrados en vuestras casas; sobre todo, haced que los imprudentes jóvenes abandonen sus armas..... ni una queja, ni una palabra de rebelion, ni una amenaza.... ¡y yo os prometo la sola venganza que ya os resta! Marchad en silencio.

—¡Sí, venganza! murmuraron todos, y volvieron

silenciosos á sus casas, alentados por la fé y por la esperanza.

III.

Mientras tanto, los señores y nobles, temerosos de los perjuicios de sus estados é intereses por la salida de los moriscos con sus supuestos tesoros, resistían tanto más la espulsion, cuanto más se confirmaban en sus ocultas riquezas.

El conde de Buñol, y todo el brazo militar de sus estados, reuniéronse tumultuosamente en la casa-palacio para deliberar lo que deberian hacer, no por humanidad ni lástima, sino en su propio interés, y concluyeron por enviar al rey comisionados con la embajada de que suspendiese el decreto de destierro.

Los villanos, por su parte, expiaban á los moriscos para ver qué es lo que hacían de sus fortunas; pero estos se encerraban cautelosamente en sus casas, siguiendo las indicaciones del sábio anciano, más que á causa de los denuestos y amenazas que les dirigian los cristianos viejos.

En un principio, esperaron poder salvar sus escasos ahorros de la rapacidad de los cristianos, pero el sábio anciano no se engañó en sus vaticinios.

En efecto; aunque se habia concedido á todos los moriscos de España que pudiesen realizar dentro del término de treinta días sus cosechas, animales, alhajas, etc., para que pudiesen llevarse su equivalencia, sin embargo, apenas en otros lugares comenzaron á hacer tales ventas los menos cautos, lograron los ambiciosos señores se prohibiese, por medio de un bando, que tal hiciesen los moriscos del reino de Valencia, cuyos bienes, como de víctimas indefensos, eran considerados como despojos á favor de sus sacrificadores.

IV.

LLEGARON LOS MOMENTOS DECISIVOS.

La armada que habia de conducir la raza proscrita estaba pronta á darse á la vela para cruzar las aguas del Mediterráneo, al mando del maestre general D. Agustín Mejía.

Los comisionados nombrados por el virey, marqués de Caracena, entre los que se contaba D. Baltasar Mercader, hermano del conde de Buñol, esperaba ya en los puertos de Alicante y Denia, preparando

el cruel embarco de los inocentes, desterrados para siempre de su desnaturalizada patria.

En tanto cundió la nueva de que los moriscos de la sierra de Aguer, Muela y Córtes se habia tenazmente rebelado contra el ominoso bando, dando principio á una desesperada guerra á sangre y fuego, con todo el denuedo del que defiende sus hogares, su propiedad y su familia, sus creencias, sus lares y su Dios, contra el más violento despojo y la mas odiosa tiranía.

(Se continuará.)

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

BIBLIOGRAFÍA.

EN SERIO Y EN BROMA.

Á medida que va estinguiéndose la memoria de la calamidad aterradora que durante algun tiempo ha causado el espanto de esta poblacion, y da lugar á que vuelva la tranquilidad á las esferas intelectual, artística é industrial, recobrando todas su perdida actividad y energia, á medida que disipándose su sombra, da paso á la luz que nos trae el consuelo, la esperanza y el bienestar, se ve que por todas partes renace de nuevo la animacion, y que el próximo año se prepara á ser fecundo en resultados para la literatura, parte muy esencial de los progresos intelectuales. Los teatros que han reanudado otra vez sus tareas, empiezan á dar las buenas producciones de nuestros más insignes escritores, entre las que se cuentan obras de primer orden, cuya representacion será un verdadero acontecimiento. Al par de esto, se nota tambien que los editores muestran ya en sus establecimientos, grandes prospectos de las obras que acaban de publicar y de otras muchas que tienen en prensa. Esto es por demás halagüeño y no puede menos de influir en el desarrollo progresivo de nuestra literatura, que necesita volver á los buenos tiempos de que antes disfrutó, si es que ha de ir á la par de las ciencias, la industria y la agricultura, las cuales, ayudadas por los adelantos y descubrimientos de otras naciones, marchan á pasos agigantados á su completo desenvolvimiento. Nuestra literatura patria nada puede ni debe tomar de las de otras naciones; así es que, bastándose á sí propia, ha de llegar á florecer, siendo doblemente meritorio y laudable este tan deseado triunfo.

Hemos dicho que las publicaciones de obras lite-

rarias se multiplican, y una prueba de esto se encuentra en las que acaba de dar á luz la librería de D. Alfonso Durán. Entre ellas se halla una, titulada *En serio y en broma*, coleccion de artículos y poesías, debidos á la pluma de D. Juan Alonso Eguilaz.

Este jóven y acreditado escritor es ya muy conocido del público por sus anteriores obras, *Historia del mundo hasta Jesucristo*; *El hombre de hoy*, y algunas otras producciones dadas al teatro, que han sido justamente apreciadas, y en todas ellas se revela gran instruccion, buen talento, perfecto estilo y otras cualidades que hacen que sus obras se lean con verdadero placer.

En serio y en broma, como su mismo titulo indica, se reduce á una coleccion de escritos de diferentes estilos, en prosa y en verso, humorísticos y graves, festivos y formales, etc. etc. Hay, pues, en esta obra artículos filosóficos, en que se descubre una clara inteligencia, críticas literarias que demuestran gran saber; en los conocimientos estéticos, chispeantes y graciosas poesías que revelan claramente la fecunda imaginacion; gracia y soltura de su autor; estudios de costumbres espuestos con una sencillez y belleza de lenguaje que encantan; en fin, es un libro de tal naturaleza, que á la par que enseña, distrae; en una hoja hace pensar, y en otra reir á tendida carcajada.

Como muestra de poesía festiva, y entre otras muchas de que pudiéramos echar mano, insertamos á continuacion la de *Los lamentos de un casado*, persuadidos de que no es posible que haya mal humor que resista á su lectura.

LOS LAMENTOS DE UN CASADO.

Señores, esto es atroz
Y yo ya no puedo más:
La mujer que Dios me ha dado
Es una calamidad.
¡Qué génio de mil demonios!
¡Qué entrañas de Barrabás!
¡Qué sesos tan descompuestos!
¡Qué furia tan infernal!
Se despierta echando tacos,
Alborota al almorzar,
Y disputa como un tigre
Con toda la vecindad.
Grandes y chicos la tiemblan,

Manda como un general,
Da voces sin compasion
Y sopapos sin piedad.
Por todo gruñe y regaña,
Por todo grita á rabiarse:
Si hay guerra contra la guerra,
Y si hay paz contra la paz.
Cuando hace sol ¡qué solazo!
Cuando llueve ¡qué humedad!
Cuando truena ¡qué moler!
Cuando escampa ¡voto vá!
De día quiere la noche,
De noche luz matinal;
En la ciudad ama el campo,
En el campo la ciudad.
En Diciembre busca grillos;
Quiere en Julio ver nevar;
Celebra en Enero el Corpus,
Y en Agosto Navidad.
¡Qué mujer! ¡Y si á lo menos
En tan desastroso afán
Me dejara á mi tranquilo,
Sin turbar mi bienestar!
Pero ¡ay Dios! es su locura
De tan rara calidad,
Que pretende á sus caprichos
Amoldar á los demás.
La cena, sin remision,
Al amanecer me da;
Merendar me hace á las once,
Y comer al acostar.
Sírreme el cocido fresco
Y echando chispas el pan;
La sopa en una garrafa
Y en la sopera la sal.
Por mantel planta una enagua,
Por servilleta un gaban,
Y quiere que trinche pavos
Con aguja y con dedal.
Á la ensalada echa almíbar,
Los sorbetes pone á asar,
Guisa el café con aceite,
Y con aguardiente el flan.
Las nueces me hace que chupe,
Me obliga el agua á mascar,
Y porfia porque tome
Con tenedor el coñac.
Pues ¿y en materia de ropas?
No se como vivo ya;

Que las cosas que ella inventa
 Ni se han visto ni verán.
 Me da capa en la canícula,
 Levita cuando ha de helar,
 Traje blanco para entierros,
 Y de luto en carnaval.
 Á visitas voy con gorra,
 Con penacho á trabajar,
 Con zapatillas á caza,
 Y al teatro con morral.
 De paño hace mis camisas,
 Mis medias de cordobán,
 Mis sombreros de organdí
 Y mis botas de percal.
 ¡Vamos! ¿no es eso bastante?
 Pues ni aun con tanto aguantar
 Puedo lograr que los dos
 Vivamos en amistad.
 Cuando yo río ella bufa,
 Cuando lloro da en bailar,
 Cuando yo soplo ella sorbe,
 Cuando yo vengo ella va.
 Cuando yo tirito suda,
 Cuando avanzo vuelve atrás,
 Cuando me paro echa al trote,
 Y se para si echo á andar.
 Cuando yo trago ella escupe,
 Si digo «así» dice «asá»,
 Y al actor á quien aplaudo
 No le deja de silbar.
 Tal es, en suma, señores,
 Esa serpiente fatal;
 Y tan arraigada en ella
 Está la contrariedad,
 Que el día que se muera,
 Si la quiero reanimar,
 No tengo más que morirme
 Y ella resucitará.

La anterior composicion basta para dar una idea á nuestras amables lectoras del libro que nos permitimos recomendarlas, seguros de que han de hallar en él una lectura amena, curiosa, interesante, muy propia para que el abatido espíritu halle recreo y solaz, sin detrimento del decoro y de la decencia.

FELIPE PEREZ ANATA.

Soneto. Ventura de la Vega debía emprender en cierta ocasion un viaje á Buenos-Aires, su país natal, donde le esperaba quizás una próspera fortuna.

Antes de emprender su marcha, y con una profunda vacilacion, improvisó el siguiente bellissimo soneto á *La Nave* que debía conducirle:

«Cruza sin mí los espumosos mares,
 Saluda ¡oh nave! de mi patria el muro,
 Y déjame bagar, triste y oscuro,
 Por la orilla del lento Manzanares.

Si osa turbar la paz de mis hogares
 De tirano extranjero el soplo impuro,
 Otro defienda con el hierro duro
 Su libertad y mis nativos lares.

Así esclamaba yo, cuando las olas
 Rompió la nave en que partir debía,
 Y abandonó las costas españolas.

Ella, al impulso plácido del aura,
 Voló á las playas de la patria mía,
 Y yo á los brazos me volví de *Laura*.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Primera falda de tafetan adornada de un pequeño encañonado. Segunda falda azul, de tafetan rayado, drapeada en todas las costuras, chaleco de raso blanco con aldetas cuadradas y casaca de la misma tela azul, rodeada de un ruche y terminando por detrás en una aldeta con lazos en los pliegues. Sombrero *Marie-Stuart* de terciopelo, adornado con flores.

Segunda figura. Vestido de terciopelo negro guarnecido todo alrededor con un fleco de torzal perlado. Este fleco figura túnica, bajando en ondas por ambos lados del paño delantero. Casaca del mismo género, guarnecida de igual modo, con vueltas de raso. Sombrero *imperio* de terciopelo adornado de una ligera guirnalda de follaje.

Tercera figura. Niño de seis años. Traje completo de terciopelo de Londres, compuesto de pantalón, veste con bolsillos y chaleco.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
 Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Ayuntamiento de Madrid
Concepcion Geronima N.º 15. Píal Derecha

